Domingo 15 de Mayo de 1898 — MONTEVIDEO — Año I—2.ª Época — Núm. 9

LA ALBORADA

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y SOCIAL

Redacción y Administración
Calle Convención, No. 82
HORAS DE OFICINA: DE 1 Á 5 P. M.

DIRECTOR-REDACTOR
CONSTANCIO C. VIGIL

ADMINISTRADOR
AGUSTIN SALOM

SUMARIO.—Grandes conquistas.—Dia memorable.—La revolución de los comicios, por Joaquin Muñoz Miranda.—El Hospital en Tres Arboles, por Angel Carballal.—Justicia póstuma.—El zapatero de antaño, por Solano A. Riestra.—Campera, de Gonzalo Larriera Varela.—A Colombia, por Enrique W. Fernández.—Paris, de Julio David Orguelt.—Conciencia, por Pedro Sándoz.—Sociales.—El collar de brillantes.—Cartas del sábado.—Noticias partidarias.—Arte.—Cosas que pasan.—Suscritores fundadores de LA ALBORADA.—Comerciales.—Notas Finales.—Correspondencia.

Grabados.—Arte: Fototipia de la casa Jacobo Peuser y cópia del cuadro «Por los caidos en la guerra civil del 97», del señor Benigno A. Larghero.

Grandes conquistas

Contemplando la historia de estos últimos lustros; al recordar sus páginas teñidas de ignominia y empapadas de acerbos dolores cívicos; al ver sobre las lomas de la patria flamear ese simbólico estandarte de redención, que levantó el Partido Nacional en los momentos más turbios y aflictivos, y que sólo se abate con la gloria de las conquistas hechas por el bien público; al despedirse nuestros bravos jefes de sus amigos de campaña, colgar las armas y entregarse á sus tareas habituales, y, junto á todo eso, apreciar la nueva faz de los poderes públicos, los ya distintos giros de la cosa pública,—no puede menos que ensancharse un tanto el corazón patriota. Es innegable que sus fibras tienen muy gratas conmociones, á impulso de esa brisa alentadora que hoy llega de la cumbre, trayéndonos las voces anheladas de probidad, de inspiraciones nobles, de patrióticas miras en quienes rigen los destinos del país.

Ya no gemimos más bajo la férula de un poder despótico: ya no asesinan más en los cuarteles; ya no se agotan descaradamente los caudales de la hacienda nacional.

No más asalta el odio y la vergüenza á nuestros ojos cuando vemos al magistrado supremo de la república.

Este gobierno da asiento á la esperanza de que no llegaremos á la ruina; dá ejemplos de moralidad administrativa; no desatiende las reparaciones que el pueblo exige.

Llámese dictadura, en buena hora: ¿qué sinó un dictador, fué el tiranuelo Santos? ¿qué, sinó un dictador, fué Idiarte Borda; ese que, no podemos acallarlo, se mofó de este pueblo como nadie, pisoteó las leyes, ultrajó los hombres y robó como un cínico, soberbio, infatuado y déspota como un burgués canalla?

¡ Y cuánto los soportamos !

Quieren los amantes heraldos de la forma, llamarle dictadura al provisoriato del señor Cuestas, que pidió el pueblo, y que tiene un Consejo de Estado de contrapeso: sea. Pero es la dictadura de origen bueno, y es la que borra del país afrentas bochornosas perpetuadas por los presidentes constitucionales de varias décadas atrás.

Y mientras llega el momento oportuno de restaurar los dos poderes dentro de los preceptos constitucionales, razones hay para felicitarse de la casi totalidad de las resoluciones tomadas por la administración y de su marcha.

Con esto, no justificamos los deplorables errores en que se ha incurrido últimamente, coartando el derecho de reunión con detrimento de nuestro código fundamental. Tampoco, ni remotamente, aprobamos la ausencia de política nacional y amplia en el gobierno que parece animado de un cierto espíritu exclusivista que subleva, y que no sabe ó no quiere despojarse de compromisos y contemplaciones de círculo, muy contrarios por cierto al patriotismo y al deber. Lunares son que empañan la aureola de respeto que rodea al provisoriato, desluciendo sus méritos indiscutibles.

Mucho queda aún por hacer: pero son muchos los frutos que ha rendido el movimiento armado que proclamó y realizó con honra nuestro Gran Partido.

Aspiremos un instante la atmósfera corrupta de hace dos años; evoquemos las sombrías jornadas del sufrimiento y de la sumisión dando alientos y sitio á la crápula: luego entremos á los días presentes, de dignidad, de progreso y de mejoras públicas, y tendremos la clara percepción del paso hacia adelante que hemos dado, de la benéfica acción que ha producido la reciente guerra.

Más, no ha sonado la hora de decir, *basta*—á las aspiraciones ciudadanas y á los puros anhelos del patriotismo.

Quedan aún, muy luengos días de lucha. Es preciso aprestar el temple y la vieja fé. Soldados del glorioso Partido Nacional: trás las grandes conquistas realizadas, para la patria que queremos tanto, quedan no menos grandes conquistas por hacer, todas bajo el lema grandioso de la Patria, de la Justicia y de la Libertad.

DIA MEMORABLE

Ayer, sábado 14 de Mayo, cumplióse un año del heróico triunfo de «Cerros Blancos», batalla inolvidable que coronó de laureles inmarcesibles la frente de los soldados del Partido Nacional.

La bandera bendita de nuestra causa, sahumada ya en el humo de otros combates, flameó de nuevo allí, altiva y esplendente, con el alma de la patria latiendo bajo sus pliegues y el sol de la justicia en lo más alto de sus nueve franjas!

La bandera sublime de la patria, erguíase allí, sobre las armas del Partido Nacional, junto á la espada denodada y pura de manchas afrentosas que empuñaban Aparicio Saravia y Diego Lamas!

Esa inmortal enseña, gloria del Uruguay y del Partido, emblema como él de libertad y justicia, se desplegó con honra en «Cerros Blancos» y ungió bajo su sombra veneranda la caída postrera en la defensa de las instituciones mancilladas y de la dignidad prostuída,—del venerable anciano, coronel Fortunato Jara, soldado con la frente circuída de la excelsa corona de la virtud y el patriotismo heróico; y la de Gabino Coronel, Martín Aroztegui, Pedro Garat, Servando Delgado y tantos otros bravos, y tantos otros soldados intrépidos, patricios sin mácula que amaban á su causa con entusiasmo y murieron allí gloriosamente.

¡ Descubrámonos con respeto ante su memoria esclarecida y pidamos la paz más dulce para sus tumbas de héroes!

La Revolución de los Comicios

II

LOS TRABAJOS NACIONALISTAS DEL CORDOBÉS Y CERRO-CHATO

APARICIO Y CHIQUITO SARAVIA EN EL ESCENARIO POLÍTICO-MILITAR

. . . .

Con mucha anterioridad á esta carta, el señor Muñoz, nervio de los trabajos revolucionarios en la 8.ª sección del Durazno, le había escrito al general Aparicio una epístola

confidencial, adjuntándole los números de *El Nacional* donde se hacía la crónica de la reunión que se había efectuado en Pablo-Páez y donde se registraban algunos artículos sobre el extraordinario movimiento cívico que se operaba en el seno del Partido Nacional; y entre otras cosas íntimas le comunicaba que había el plan de eliminarlo de la política militante por el reprobado, denigrante y salvaje medio del envenenamiento, y que para el efecto se valdrían de un mate amargo, como única bebida á que rinde homenaje el primer caudillo oriental.

Además, el señor Muñoz le decía que, la comisión del Club «General Gumersindo Saravia» apresurase el envío de las notas á los señores Eduardo Acevedo Diaz y Fortunato Jara, en que se les hacía saber su nombramiento de presidentes honorarios, máxime cuando don Cornelio Oviedo había aceptado esa distinción.

A las muy justas observaciones de su amigo, contestó el general Aparicio en los términos siguientes:

«Cordobés, Setiembre 6 de 1896.

Señor Don Serjio S. Muñoz.

Cerro-Chato.

Estimado amigo:

Recibí la suya de fecha 4 del corriente, la que me alegra mucho porque están con salud. Además recibí los diarios que dicen algo de nuestra reunión; porque entre los que yo he recibido no vinieron esos números, debido á que este correo marcha muy mal.

Según vemos debemos tener desde hoy mucho cuidado.

La comisión del Club ya ha tomado providencias sobre lo que Vd. me habla.

Dígale á su señora esposa que Cándida (1) le dá sus repetidas gracias por el obsequio que se sirvió remitirle.

Deseo se halle bueno en compañía de su apreciable familia, ordenando á este su amigo y S. S.

Aparicio Saravia.»

En virtud de la marcha halagüeña que llevaban los planes revolucionarios en aquella importante sección de la República, y de la franca y decidida cooperación de todas las voluntades patriotas, que constituían la representación genuina del Partido Nacional en la esfera de las aptitudes militares, Aparicio, Chiquito, Muñoz (Serjio S.,) Rivas, Mena (Antonio), Carrasco (Eusebio), Oviedo, Muñoz (Basilio hijo), y otros no menos meritorios ciudadanos, notaron la atmósfera bastante caldeada y creyeron con la fé y convicción del apóstol que era el momento lógico y político de iniciar la reacción armada: puesto que no era solamente nuestro Partido el que anhelaba la revolución, sinó el país entero.

La revolución era proclamada por los escritores y oradores más caracterizados de todos los partidos.

La situación estaba perfectamente delineada: de un lado, gobiernos corrompidos y corructores divorciados con la opinión nacional, sostenidos por la fuerza *marciana* y el fraude electoral más bochornoso, arruinando al país con medidas financieras desastrosas, que retrataban de cuerpo entero á los leguleyos que hacían de legisladores; saqueos al tesoro público, atropellos inauditos á los habitantes de la República; y del otro lado, un pueblo, casi en la mayor indigencia, emigrando miles de ciudadanos probos, huyendo de las miserias y persecuciones, y otros viviendo como parias en su tierra, sin libertades y sin derechos, y, lo peor de todo, sin esperanzas de una reacción saludable que pudiera depurar el ambiente político.

La revolución tenía que producirse.

Aparicio en Montevideo

A principios del mes de Octubre de 1896, el general Aparicio hizo un viaje de incógnito á esta ciudad con la noble idea de entrevistarse con el Directorio del Partido Nacional, y buscar la solución del problema que los sucesos y los hombres extraviados imponían al país.

Nuestra suprema autoridad política era entonces presidida por el doctor Martín Berinduague.

Aparicio propuso la revolución á ese Directorio en una exposición altamente patriótica y meditada, con toda la sencillez y la franqueza que le caracteriza.

Desgraciadamente ese Directorio manifestóle la carencia absoluta de recursos para lanzarse á la guerra; entonces Aparicio ofreció hipotecar todos sus bienes á fin de allegar los elementos que se necesitaban para iniciar la empresa, más el Directorio, siempre en sus trece ni siquiera llegó á preguntarle á cuánto podría ascender el capital ofrecido.

Aparicio de regreso

Coincidía la venida de Aparicio Saravia con el entierro del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Jaime Estrázulas; con la profesión de fé «francamente evolucionista» del joven é ilustrado doctor Evaristo G. Ciganda sobre la tumba del que había sido en sus primeros años de labor política, un soñador de las libertades institucionales, y con la triste y abrumadora especie del pueblo, «que en el seno del Directorio había expresado uno de sus más conspícuos miembros que él no era revolucionario ni por índole ni temperamento.»

Ante tantas desiluciones y contrariedades, con el fracaso de su misión cerca del Directorio y viendo la impúdica participación de los *desertores* en el bochornoso gobierno de Idiarte Borda, el general Aparicio regresó para su estancia del Cordobés, con el alma contristada como puede suponerse el partidario más tibio, después de haber ofrecido no sólo su fortuna sinó derramar su sangre generosa en holocausto de la libertad de la República.

Los orientales en Buenos Aires

Los ciudadanos más distinguidos pertenecientes á nuestro Partido, que residían en la ciudad de la otra ribera del Plata, empezaron las agitaciones revolucionarias con más ardor, una vez que tuvieron el conocimiento detallado de la entrevista del general Aparicio con el Directorio; instituyendo una Junta de Guerra, la que á pesar de no haberla aceptado la citada autoridad del Partido Nacional, prosiguió sus tareas, con grandes dificultades de dinero.

Buscaban recursos por los departamentos de campaña nuestros excelentes amigos, los señores doctor Mario Gil, Antonio Paseiro (2) y Luis Mongrell. El plan capital de la Junta de Guerra era enviar dos expediciones á la República, á cuyo frente vendrían los coroneles Juan Francisco Mena y José Núñez.

En este interín el ciudadano don Abdón Aróztegui vino á esta ciudad y se entrevistó con el Directorio, el que aceptó la conciliación propuesta por este señor entre la Junta de Guerra y la autoridad nombrada.

En vista de esto continuó la Junta en su encomiable labor patriótica, siempre sobre la base fundamental de las dos expediciones, Fué entonces que Aróztegui propuso formar por su cuenta una tercera expedición que invadiría por el este de la República á las órdenes del heroíco cuanto ilustrado militar coronel don Mariano Espina, en combinación con el general don Aparicio Saravia, con quien trataría de ponerse de acuerdo.

Agitación en Cordobés, Cerro Chato y Norte de Rio Negro

Despues de iniciarse en aquellas medidas los ciudadanos de Buenos Aires, don Abdón Aróztegui le escribió por intermedio del señor Modornel al general Aparicio, incitándolo al movimiento armado, y diciéndole que contaba con 700 hombres decididos y dispuestos á desembarcarse en nuestras playas siempre que él (Aparicio) los protegiera.

Casi simultáneamente, recibió el General el espontáneo ofrecimiento de nuestro primo y amigo el coronel don Juan Francisco Mena por intermedio de su entonces agente don Juan Mora, y además por otros conductos no menos fidedignos se le comunicaba que los probados partidarios don Rafael A. Pons y don Cármelo Cabrera solo esperaban su consigna para lanzarse á la honrosa lid de las reparaciones nacionales.

A todos estos dignos correligionarios, contestóles el general Aparicio que estaba en perfecto acuerdo con su resuelta y estoica actitud, y que solo esperaba que le comunicasen la fecha del pronunciamiento y lugar del desembarco. Desde ese día tanto Aparicio como

---

(1) Así se llama la amable esposa del general Aparicio Saravia.

(2) Antonio Paseiro, columna fuerte del nacionalismo de Soriano, fué el fundador y principal actor de los trabajos que dieron por resultado la invasión de Aparicio y Chiquito el 5 de Marzo de 1897. Sin él en Buenos Aires, no se habiera lanzado la Revolución al país.

Chiquito se entregaron de lleno á arbitrar los elementos que ellos podían ir preparando.

Para el efecto el general Aparicio se entrevistó con sus camaradas de la Revolución Río-Grandense, Rafael Cabeda, Azambuya y Torcuato Severo, los que se comprometieron con toda solemnidad, á proporcionarle algún armamento, sin tomar participación en la Revolución, en homenaje á los sentimientos puros del caudillo oriental y en cumplimiento al programa sin tacha que rige al gran Partido Nacional. Y siguiendo su excursión política por el norte, el general Aparicio aceptó, agradecido el espontáneo ofrecimiento que le hacían los jefes correligionarios Adán de la Torre, Manuel Rodríguez Macedo, Basilio Portillo y N. Gamboa, los que reunirían su gente al Norte de Río Negro, y se pronunciarían á la primera indicación de Aparicio.

Chiquito se ponía al mismo tiempo en connivencia con los coroneles don Celestino Corbo y don Nicasio Trías en Minas; con el comandante don Francisco Castro en Florida; con el coronel don Cornelio Oviedo, comandantes Pedro Sánchez y Antonio Mena en Cerro-Largo; y con el coronel don Eusebio Carrasco y los comandantes Serjio S. Muñoz, Pedro Francia y Basilio Muñoz (hijo), en Durazno; todos los que debían pronunciarse en sus respectivos departamentos á la consigna del general en Jefe, una vez que éste recibiera la contestación definiva de Aróztegui y Mena (Juan Francisco), la que debía venir por Modornel.

Aparicio y Chiquito esperan por los de Buenos Aires

En este intervalo el general Aparicio y su hermano el coronel Chiquito que se encontraban impacientes con la demora de la contestación Mena-Aróztegui, importándoles un bledo el brutal espionaje marciano de los policianos asequibles con que contaban los Collazo en Cerro-Largo, se comunicaban frecuentemente con los cooperadores de la magna obra, como ser: Manuel B. Rivas, Mena (Antonio), Cornelio Oviedo, Eusebio Carrasco, Muñoz (Serjio S.), Pedro Francia, Abel Sierra, Benito Viramonte, Muñoz (Basilio y Juan), Abdón Villa, Basilio Portillo, Adán de la Torre, Manuel Rodríguez Macedo, Antonio Suárez, Velázquez (Fernando), Polonio Clavijo, Modesto Coito, Isidoro Zabala, Esteban Díaz y otros muchos jefes y oficiales meritorios del Partido Nacional, que recibían sus instrucciones para operar en el acto del primer pronunciamiento, en la mejor armonía político-militar con el objeto de tomar de improviso á los retrógrados situacionistas que, en su perpétua borrachera oficial y en su interminable molicie de sardanápalos, desoían con la ironía de Lucifer el grito salvador del pueblo martirizado.

J. M. M.

(*Continuará.*)

El Hospital de Tres Árboles

Con sumo gusto presentamos á nuestros lectores la narración que inicia con este número el inteligente compañero don Angel Carballal, quien prestó invalorables servicios al Partido en la reciente lucha, como capitán—practicante de la división Núñez,—puesto que con justicia se le confiara, y como soldado valeroso que aportó su arma presentándose al ejército con un mauser quitado á un militar gubernista.

No insistiré sobre la colocación de las fuerzas revolucionarias en el campamento de «Tres Arboles» en la noche del 16 de Marzo; basta saber que el carro del botiquín, que constituía la enfermería, y en lo sucesivo el hospital ambulante, estaba situado casi enfrente del paso.

El fuego se inició antes de salir el sol, como es notorio, y gracias al valor de los soldados y la tranquila serenidad de nuestros jefes, cada cual formó en su puesto, desde donde salimos, los unos desplegados en guerrilla al *tranco* de nuestros caballos y haciéndonos lo más chiquitos posible para que no nos tocara alguna *mora*, como llamaban los paisanos á las balas; otros, toda la infantería fueron distribuidos en los diversos parages que ya han indicado buenos y malos narradores. El personal del cuerpo médico que ocupó su puesto de lucha hasta que vino orden de retirarse, y se hicieron las primeras curaciones.

Allí ocurrieron las primeras desgracias entre la gente de la reserva, lo que motivó la orden de retirarse, para atrás de un cerrito que se alza algo á la izquierda del paso, si mis recuerdos no son infieles.

Aquí voy á desviarme un poco de la cuestión para hacer dos aclaraciones; la primera es un dato que falta en el libro de mi querido amigo y compañero Luis A. de Herrera, y la segunda es destruir una atmósfera calumniosa que se formó no sé porqué causa alrededor del digno compañero Ricardo Viladecans, con respecto á su conducta como gefe del cuerpo médico militar de la división Núñez. En cuanto al primer punto, hablando Luis Alberto del patriotismo y abnegación de los viejos correligionarios cita á varios, y por ignorar el nombre calla el de uno de los hermanos Careta, de Mercedes, que, es al que se refiere cuando hace mención de un viejo de pera blanca y antiparras verdes que murió en el guardapatio de la casa del señor Silva á consecuencia de una herida de bala en el vientre. El entusiasta correligionario que con 65 ó 70 años y curtido con el sol de muchas campañas al servicio de su partido, creyó que en ésta (que para él era *robo*), no eran causa bastante para escudarlo, ni sus años ni sus pasados sacrificios, encontró la muerte ayudando á curar á su viejo compañero el benemérito Pons.

Esto y muchos otros buenos paisanos que ya alcanzando agua, ya ayudando á recoger los compañeros heridos ó que empleados en otras cosas ayudaban al jefe del cuerpo médico, fueron heridos en aquel paraje, lo que obligó á Viladecans á pedir por intermedio de su ayudante un lugar más seguro para hacer las curaciones, que fué el que ocupó, como hemos dicho, en la falda del cerro indicado; como en este parage *seguían lloviendo* las balas tuvo que trasladarse nuevamente á unas 15 cuadras del paso donde quedaba más al abrigo del *temporal*, aunque de vez en cuando se sentían silbidos alarmantes que atacaban el sistema nervioso del practicante Ferraro, quién, ya desde entonces, escondiéndose en una zanja demostró que era capaz de pasar e después á las fuerzas de Arribio, robando el material de curación que había de servir para atender á los que cayeron defendiendo el paso de Tres Arboles. Estando en este lugar el cuerpo médico y al abrigo de las balas, se continuaron las curaciones atendiendo á todos los heridos que se presentaban solos, que eran pocos, pues los más fueron trasportados por sus parientes y amigos, demostrando un compañerismo que jamás se desmintió durante la campaña.

Junto al carro del botiquín y en el paraje mencionado, estaba el breack del comandante Núñez (hermano del coronel), en donde se había improvisado con los almohadones de los asientos una camilla para el valiente Rafael Pons.

En este momento, llegué al cuerpo médico y como aquel paraje no ofrecía seguridades, ni se podía tampoco operar en aquellas condiciones, me pidió Viladecans si fuera á ver al coronel Núñez á fin de que indicara otro más á propósito y menos peligroso.

Como al ayudante de Viladecans le habian muerto dos caballos y se encontraba á pié tuve que ir al paso en donde se hallaba el coronel Núñez, á caballo, sereno aunque un poco pálido, conversando con uno de sus ayudantes, *el cubano*, como le llamábamos entonces, aunque su nombre es Julio Ramón de Lacerda.

El coronel Núñez me contestó que el punto de concentración sería la *casa blanca* (estancia de Silva); y que se instalara allí la ambulancia.

Procedimos pues, en virtud de esta orden, á cortar unos alambrados con el objeto de evitar el peligroso camino que se había seguido para llegar hasta allí y tomar otro no tan peligroso.

Poco antes de partir se le dió una inyección de cafeína al comandante Rafael Pons, ya entonces moribundo, se colocaron los heridos en dos carros y se marchó para la casa de Silva;—en el camino nos encontró el capitán Martínez, que traía un hijo herido y el corazón sangrando con la reciente noticia de la muerte de otro de sus hijos al apoderarse del parque del enemigo;—le manifestamos que se lo atenderíamos inmediatamente y seguimos con nuestro triste convoy hasta la hospitalaria casa.

Yo estaba verdaderamente conmovido; aquellos heridos que venían en los carros, otros que arrastrándose apenas

nos seguían. De vez en cuando tropezaba algún paisano que para traer un amigo herido venía á preguntar por el médico.... Y sobre todo la espar ana conducta del capitán Martínez, al contestar á nuestros pésames, aunque al hacerlo le rodaran gruesas lágrimas por su blanca pera: «¡Sé, compañeros,—nos dijo,—que ha muerto como un valiente, y ésto me basta!»

Todo ello embargaba nuestro ánimo; y llenos de preocupaciones y temores por nuestros amigos íntimos, que de un momento á otro temíamos ver venir heridos, llegamos á la estancia donde existían ya muchos heridos que aquella buena gente había empezado á curar.

ANGEL CARBALLAL.

(*Continuará*).

Justicia póstuma

ANTE LA TUMBA DEL COMANDANTE MARTINEZ

Como acto de tributo justiciero al noble y valeroso caudillo de nuestras filas, comandante Segundo Martínez, fallecido recientemente en San Fructuoso, publicamos la justiciera pieza oratoria que ante los restos del querido compañero de causa, ha pronunciado el doctor Amabilio Martínez Páez.

Este discurso tiene el mérito de dar á grandes razgos algunos datos biográficos de la vida abnegada y de sacrificios del extinto.

Señores:

«He ahí la tumba abierta que vá á recibir dentro de un instante el cuerpo inanimado de uno de nuestros compañeros de causa, comandante Segundo Martínez, caído en la inexorable tragedia de la vida.

Así es el destino: en cien combates librados en duelo con los opresores de los derechos del hombre y del ciudadano, el plomo del enemigo supo respetar al valeroso soldado cuya existencia cede á la luz de la naturaleza que le sorprende en una edad todavía lozana.

El comandante Segundo Martínez, servía al partido de sus puros ideales desde muy jóven, nunca faltó en la lid al llamado de sus compañeros de causa, y casi os puedo asegurar que su lanza temeraria ha sido siempre la primera en entrar en combate.

Recordemos un hecho reciente.

En la revolución pasada el caudillo se hallaba enfermo, casi imposibilitado para ir á la guerra; sin embargo se hizo montar á caballo con sus hijos y al frente de un puñado de hombres invadió la república ciñéndose la divisa de sus afecciones con el lema: libertad ó muerte.

Bien pronto la tiranía vió en ese hombre, que aquí está muerto, mudo, helado por el frío de los sepulcros, una resistencia formidable.

El hecho es conocido. Al frente de sus pocos bravos, contribuyó á la defensa heróica del puente de Cuñapirú.

Allí estuvo él, donde le conocí su temple espartano, dispuesto á morir en lucha desigual como los héroes de las Termópilas, en nombre de la civilización y de la justicia escarnecidas por los mandones ominosos de entónces.

Por sus virtudes relevantes, por su carácter vaciado en molde de acero, por su bondad cristiana, era el comandante Martínez uno de esos hombres que desgraciadamente escasean en el país, en esta época en que la moralidad se halla estacionaria en un nivel bajo y alarma la santificación de dudosas personificaciones y el vicio y el crimen tienden á salvar la valla que contienen el flujo de sus ondas demoledoras.

Hombre de bien, vivía en la paz consagrada al trabajo; única fuente de recursos que conoció; con mérito, rehusó reiterados ofrecimientos de puestos militares; entendía bien que el hijo debe sacrificarse á la patria y no ésta á aquel; hasta en eso su conducta puede servir de enseñanza moral.

Tome su ejemplo nuestra generación y no se deje anonadar por la servidumbre del materialismo cuyos principios envilecen la personalidad humana, aun en medio de ricos goces y magnificencias, hasta hacer al hombre deponer la altivez ante los altares de los dioses de la apostasía y de las claudicaciones oprobiosas.

Sirva de ejemplo á la presente generación, repito, ese hombre ya sin movimiento ni palabra, sombra del que era un carácter hecho para la práctica de las virtudes cívicas más levantadas por su patriotismo y lealtad partidista.

Ya lo sabeis cómo él nos enseñaba el deber. En los momentos angustiosos para el país en los cuales el imperio de la fuerza enoberbecida exigía al pueblo el último sacrificio de su dignidad; esto es, la abdicación completa de sus derechos, de su honor, de su sinceridad, él buscaba su puesto de combate en las filas de la revolución, con la abnegación de un apóstol en prosecución del triunfo de sus ideales inmaculados.

No olvideis, compañeros, el ejemplo de este mártir de la epopeya del Partido Nacional. La sinceridad con que él ha luchado en medio, ó más bien dicho en pugna con las corrientes positivistas de nuestra época, debe servirnos de bandera si queremos en la contienda del bien contra el mal vencer en el porvenir.

Cúmplanos siquiera esa disposición de última voluntad de nuestro querido muerto; que los atavíos del positivismo son falsas perlas, cuyo brillo se apaga á los reflejos de la verdad pura, único faro imperecedero en el universo: no seamos, como no lo ha sido él, impacientes; el dominio del bien es seguro practicando la verdad, y la verdad se practica en el templo eterno de la razón.

Si, las dotes personales del comandante Martínez, eran incalculables; humano con el vencido, cómo ciudadano austero y como amigo era el prototipo de la lealtad y de la constancia, condiciones estimables siempre, pero más todavía en los tiempos que corremos de desbarato moral y de vituperables falsías en que la virtud se acongoja ante el espectáculo impudente del materialismo moderno que nos dirije por rumbos inciertos.

No olvideis, repito, el ejemplo que nos ha ofrecido el compañero cuya muerte lamentamos en este momento, cumpliendo así sus más acariciadas aspiraciones.

¡Paz en tu augusta mansión!

He dicho.»

San Fructuoso, Mayo 3 de 189[illegible].

EL ZAPATERO DE ANTAÑO

Hé aquí la modesta carta en la que nos promete su concurso un compañero de relevantes condiciones intelectuales.

Escritores de la inteligencia é ilustración de don Solano A. Riestra, serán siempre un motivo de orgullo para las publicaciones que se honren con sus escritos.

La expresión de nuestra más sincera gratitud es la mejor respuesta al meritorio amigo y correligionario.

«Florida, Mayo 5 de 1898.

Señor Don Constancio C. Vigil.

Muy señor mío:

Me dispensa usted el señalado honor de pedirme colaboración para su interesante semanario, y á trueque de que mis pobres producciones resulten un lunar entre las hermosas que siempre lo engalanan, defiero á sus deseos y en prenda de cumplimiento al compromiso que contraigo, me permito enviarle *El Zapatero de Antaño* por si puede sacarle de apuros en caso de falta absoluta de material.

Reconocido á los inmerecidos conceptos de su benévola carta, á que contesto, tengo el gusto de ofrecerme de usted afectísimo correligionario y amigo.

Solano A. Riestra.»

Allá por los años de mil, ochocientos veinte y no sé cuantos, que en esto de fechas soy un desmemoriado incorregible, vivía en la villa de Guadalupe, un señor don Cándido Buenafé, andaluz de nacimiento, hombre hecho y derecho, pues que frisaba ya en los cuarenta.

Pintar su carácter sería lo mismo que describir el de la inconstancia.

Conocía y practicaba infinidad de oficios y profesiones, lo que equivale á decir que no era perito en ninguna.

Tan pronto fabricaba una trébedes como cortaba un chiripá; lo mismo vendía alcoholes detrás de un mostrador, como picaba los bueyes de una carreta; tan pronto dragoneaba de pintor, de brocha gorda, es claro, como se las echaba de constructor, sin rival, de ranchos de terrón ó fagina.

Era hombre para todo y sin embargo era hombre para nada útil.

Cada día de su vida, emprendía un negocio distinto y todos los dejaba á medio empezar.

De donde resultó, como es natural, que llegara un momento en que nadie le confió tra-

bajo alguno, y no porque fuera incapaz de hacer algo sino porque era incapaz de hacer nada completo.

Viendo que en Canelones se le hacía imposible ganar el sustento con su trabajo, determinó trasladar su humanidad á esta histórica villa (hoy ciudad, sépanlo ustedes, para mayor gloria nuestra y del país) donde, haciéndose la formal promesa de modificar en algo su tornadizo carácter, pensaba encontrar la fortuna que tanto anhelara, porque, eso sí, don Cándido tenía, como el que más, sus comezones de ambición, pero, es preciso hacerle justicia, de una ambición noble y legítima, como era sin duda, la «de dejar una modesta herencia á sus hijos», como el decía, lo que jamás consiguió, llevándose ese pesar á la tumba.

Que Dios le haya tenido en cuenta tan honestos propósitos!

Decíamos, pues, que don Cándido Buenafé, tomó la firme resolución de trasladarse á esta ciudad, y liando sus petates, se dirigió, una mañanita, muy de madrugada, caminito de Florida.

Triste y pensativo había dejado rienda suelta á su brioso gateado que testereando y llevando en continuo movimiento las orejas, descendía al tranco la suave rampa de una colina, alfombrada de margaritas y flores de macachín, que conducía á un paso del Santa Lucía de enmarañado boscaje en el que las torcazas, los jilgueros, los cardenales y demás habitantes alados de la selva, entonaban la encantadora alborada con que acostumbran á saludar la aparición del nuevo día.

Traíale desazonado á nuestro héroe el discurrir con qué oficio ó arte se establecería en su nueva residencia y cavilando, cavilando se acordó que el único que no había ejercido era el de zapatero, de lo que se quedó muy contento y satisfecho, diciendo para su coleto:

¡Zapatero!.... Al fin creo haber hallado un oficio verdaderamente lucrativo. Figúrense ustedes que yo, sin duda alguna (don Cándido jamás dudaba de que todo lo sabía hacer), hago zapatos primorosos, ¿no tengo ya un porvenir albagüeño? ¿Habrá ningún zoquete que no abandone desde luego la bota de potro?

Debo advertir á mis lectores, por si lo ignoran, que, en aquellos felices tiempos de pericón y mate amargo, la bota de potro era el calzado de lujo y por lo tanto ¡dichoso aquél que no andaba á pata limpia!

¡Feliz idea!—continuó don Cándido—¡Bendígote!

Y esto diciendo, hizo la señal de la cruz y golpeóse tres veces el pecho, á puño cerrado, porque ante todo, don Cándido, como buen cristiano viejo, era muy apegado á las prácticas religiosas.

Llegado que fué al pueblo, puso manos á la obra con un ardimiento tal, que al que cogía por su banda para hablarle de su sabiduría en el arte de San Crispín, era capaz de tenerle una semana, sin dejarle meter basa en la conversación.

Quiso la fortuna, que no siempre se muestra esquiva con los desgraciados, que no sé por qué circunstancia que no tengo ahora presente, aunque presumo fuese por aquella de que *en tierra de ciegos el que tiene un ojo es un rey*, don Cándido fuera nombrado nada menos que alcalde de la villa, cargo que él aceptó, muy de su grado, como que ello vendría á influir poderosamente en la prosperidad de su nuevo comercio.

Así las cosas, abrió don Cándido lo que él, muy orondo, llamaba su zapatería, cuyo surtido consistía en cinco pares de hormas que él mismo había confeccionado de madera de sauce, un par de lesnas que en sus buenos tiempos habían sido puntas de París, una cuchilla que de puro mohosa estaba mejor para tirada que para cortar cueros, una docena de tientos de lonja de yegua, un pellejo de idem, teñido de negro con no sé qué mixturas, pero en la que entraba por nueve décimas partes el ollín, y otro de vaca, curtido por procedimientos muy primitivos.

Parado estaba don Cándido, una mañana, á la puerta de la calle, esperando talvez los marchantes que él se figuraba habían de acudir en nubes á su establecimiento, cuando llegóse hasta él un muchacho, diciéndole:

—Ño Cándido: manda isir mama que me haga un par de sapatos bien juertes.

Muy cumplido y más contento que maestro de escuela que come una vez al día, don Cándido hizo pasar adelante á su primer cliente, brindándole asiento en una cabeza de buey, principal pieza de su menaje, y empezó á tomarle la medida con una tira de papel, plegada en cinco dobleces, que de antemano tenía preparada al efecto.

Cada medida la indicaba don Cándido con un corte que, en forma de muesca, hacía en el papel con su cuchilla de trabajo.

Concluida la operación, despachó al marchante, no sin antes pintarle, como una maravilla, el calzado que le iba á hacer, y persignándose, como era uso y costumbre en nuestros abuelos, cuando daban comienzo á una cosa cualquiera, dió principio á la labor.

Pero el desgraciado no contaba con la huéspeda! Al ir á señalar las medidas en la suela para cortar la plantilla, encontróse con que tantos eran los cortes que había hecho en la tira de papel, que no acertó á dar ni con el ancho ni con el largo, ni con nada, lo que le decidió á abandonar el trabajo por temor de echar á perder los *materiales*.

El rapaz, que nunca se había puesto zapatos, volvió como á las dos horas en busca de ellos.

—Hijo mío—esclamó don Cándido, así que le vió, mientras un color se le iba y otro se le venía á las mejillas, al encontrarse en tal aprieto—he perdido la medida.

Caramba—murmuró el chicuelo,—poniendo una cara de magdalena de arrabal.

No te aflijas, buen amigo—replicó el artesano, cuyos ojos relampaguearon al mismo tiempo que, dándose una feroz palmada en la frente, como quien acaba de encontrar la manera de salir de un atolladero, se dirigió hacia el muchacho á quien asió bruscamente de la manga del saco, diciéndole:

—Mete la pata en ese balde!

El pilluelo, sorprendido de la extraña orden que le diera su interlocutor, cuyos ojazos negros despedían chispas, obedeció, sin replicar, zambuyendo, mas bien que metiendo, la pierna hasta la rodilla en el recipiente que le indicaba con actitud trágica, el terrible zapatero.

—¿Está?

—Ya... yastá... sí... sí, señor.

—Bien: saca la pata!

—Ya... yastá—balbuceó el rapaz, más muerto que vivo, pues maldita la gracia que le causaba lo que con él estaba haciendo don Cándido.

—Ponela en el suelo y vete. Dentro de cinco horas estarán prontos tus zapatos—añadió Buenafé—señalando á á su aturdido cliente la puerta de calle por la que éste salió como alma que huye del Diablo.

Una vez solo don Cándido, púsose tranquilamente á señalar, con la lesna, los contornos del pié del muchacho que habían quedado impresos en el pavimento.

Ahora, la medida es exacta—dijo el improvisado zapatero—restregándose con fruición las manos, y luego empezó la obra con un denuedo y entusiasmo tales que, en dos tajos y medio, tuvo hecha la plantilla.

Antes de una hora tenía ya el maestro unida la capellada á la plantilla. Adherida la suela, solo faltaban los tacos.

Nueva dificultad.

Don Cándido miraba y remiraba un par de botines viejos que tenía sobre la mesa de trabajo, sin atinar la manera como había de colocar los tacos.

Dios mío!—exclamaba, sudando á chorros—¿en qué berengenal me he metido? ¡Qué unos miserables tacos me den tanto trabajo! ¡Vive Dios que tacos he de poner yo ó dejaré de llamarme Cándido Buenafé!

Y esto diciendo cortó unos diez pequeños pedazos de cuero y los clavó todos juntos.

No pudiendo dar con el medio de unir el taco á la suela, se decidió á pegarlos con engrudo—con lo cual dió por terminada la ardua tarea.

Tres horas después el muchacho pagaba sus zapatos y salía mirándoselos y como orgulloso de las magníficas piezas que llevara en sus piés.

Pero poco debía durarle el placer, pues á las primeras zapatetas que dió, de alegre y alborozado que estaba, los tacos volaron como si hubieran sido pegados con moco.

Recogiólos el pilluelo y haciendo mil pucheros y sacando otros tantos quejidos del alma, presentóse ante don Cándido, á darle cuenta del triste fin de los tacos.

—¡Ira de Dios!—exclamó don Cándido al ver al muchacho con los tacos en la mano y comprendiendo, como era natural, lo qué le había sucedido—¿apuesto un duro á que has andado por ahí á saltos y brincos?

—Si señor—contestó el muchacho muy compungido.

—Y entónces ¿cómo quieres que no se te despeguen los tacos? ¿crees acaso que son de fierro?

—Sí, pero ahora mi mama me va á pegar. Tome sus zapatos y deme mi plata.

—Ni lo uno ni lo otro,—respondió don Cándido—y ya te puedes salir de mi presencia, pedazo de pillo, destrozador de zapatos flamantes.

. . . .

Muchos años después, don Cándido nos había el cuento que nosotros festejábamos con grandes risotadas.

Ocurriósenos preguntarle, una vez, como había tenido coraje para no devolverle el dinero al muchacho, desde el momento que él tenía la culpa de la pérdida de los tacos.

Contestónos don Cándido:

—Es que entonces yo era alcalde!

Tableau.

SOLANO A. RIESTRA.

Campera

A Manuel D. Rodriguez.

(Gonzalo Larriera Varela,—privilegiado favorito de las musas del Pindaro,—que hoy redacta con brillante y acierto el periódico «La Paz» de San José, con las bellas estrofas que siguen nos dirije una cariñosa carta llena de honrosos conceptos para LA ALBORADA, de la que entresacamos estos breves parrafos:

«....Tu periódico, tu valiente publicación, he visto que progresa á grandes pasos, prueba de que por su propaganda altiva ha sabido grangearse las simpatias populares.

«....He recibido con inmenso placer tu carta. Después de haberos encontrado en las aulas, no nos tratabamos desde hace varios años mas no por eso dejamos de estar unidos intimamente. ¿Acaso no somos soldados de una misma causa y luchamos llevando en los ojos la visión del mismo ideal?»).

I

Se marchitaron bajo el palio obscuro
De la vieja enramada,
Los claveles fragantes de la sierra
Que trasplantó solícita la indiana;
Y de sus tersas hojas
Arrebató en sus alas,
Todo el perfume que guardó en su seno
El soplo helado de los vientos pampas.

—

Bajo el docel flotante
De los añosos talas,
No se oirán las cadencias melodiosas
Cuando vibran acordes las guitarras,
La linda paisanita, la que lleva
En sus pupilas pardas,
El ardor de las puestas de Febrero
Y ruega y acaricia en sus miradas,
Vió en una tarde triste
Traspasar las cuchillas más lejanas,
Al dueño de su amor, al que traía
Para sus trenzas margaritas blancas.

—

Un deber imperioso
De su lado lo arranca,
Sabe que allá en los lindes fronterizos
Llamó el clarín al campo de batalla.
Del alero saliente
Le vió tomar su lanza,
La que ha buscado ansiosa el entrevero
Y llega al pecho del contrario y mata.
En su sombrero negro
Dos tembladoras ondulantes alas,
Se ciñó la divisa que tenía
Por solo lema el nombre de la Patria.
Y la abrazó sonriente y cariñoso....
Y en su frente tostada,
Por el sol de los campos que fermenta
De los guayabos la hervidora savia,
Imprimió un beso ardiente
La paisanita de pupilas pardas,
Y se quedó llorosa y pensativa
Bajo el docel flotante de los talas.

II

Abriéronse las flores
A los rayos del sol de la mañana,
Y mece, á los columpios de las brisas,
Su nevado florón la paja brava.
Los viejos espinillos
De punsados as y robustas ramas,
Muestran sus trajes de verdores llenos
Cual reyes de la selva solitaria.

—

Al beso de Setiembre
Se pueblan de rumores las cañadas;
Hay dias más azules y en el cielo
Tiene reflejos mágicos el alba.
En el espeso monte
De las verdes acacias,
Elaboran el néctar de sus mieles
Con incesante afán las lechiguanas.

—

La estación de las dichas
Ha tendido su manto de esmeralda,
Y en el ramaje de los gruesos molles
Su nido construyeron las calandrias.
¡Hermosa Primavera....
En cada giro de los vientos pampas,
Trae un recuerdo del amante dueño
Para endulzar la ausencia de la indiana!

G. LARRIERA VARELA.

B. Aires, Julio 26/97.

Á COLOMBIA

¡Alzo, en valde, los ojos para verte,
Pues interpone el mar sus soledades
Y la tierra sus cumbres y ciudades!
Mas ¿quién me impedirá que te recuerde?

—

Y como nunca el pensamiento pierde
La virtud de salvar inmensidades,
Cuando me turban penas, ansiedades
¡Vuelo y me acojo en tu regazo verde..!

—

No bien asoma, decorando el cielo,
Al sol bendigo y abro mi ventana,
Pues sé que viene de mi caro suelo;

—

Y la brisa sutil de la mañana
Respiro siempre con profundo anhelo,
Por ver si huele á tierra colombiana!

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

1898.

PARISII

A Constancio C. Vigil.

«Julio David Orguell.

Retribuye afectuosamente su saludo al amigo Constancio C. Vigil, le agradece la participación que le dá en la cosecha moral que amontona en sus brillantes páginas LA ALBORADA y, le hace presente al mismo tiempo, que hoy como ayer, tendrá á mucho gusto y honor seguir ofreciendo sin reservas su modesto caudal intelectual, y le adjunta esa página intitulada «Paris».

Buenos Aires, Mayo 11 de 1898.

—Paris! Paris!!—he sentido clamar siempre y en todos los tonos á las muchedúmbres, como si evocaran con esas palabras, el compendio de la gloria, del placer y de la fortuna.

—Paris! Paris!!—he oido decir al harapiento soñador de riquezas....—Paris! Paris!! ha delirado á mi vista el joven ardiente ansioso de placeres ... y,—Paris! Paris grandioso!!—han clamado en mi presencia mis compañeros artistas, como si estuvieran perennemente atraidos por los brazos de esa Paris soñolienta, medio haragana y enferma de inercia, que á veces, como en un despertamiento súbito y pasajero, suele corresponder á la fama que le dieron los lujuriosos, los amantes del oro y el fausto y, por último, los soñadores.... los artistas.....

Y Paris! Paris!!—resonó toda la vida á mis oidos induciéndome sugestivo y provocador, á este viaje, del que vuélvo con tanto desengaño, como curiosidad llevaba cuando llegué á sus puertas, impelido, arrastrado, asediado y enardecido por ese grito de Paris! Paris!! y Paris!!! que inspiraba admiración á los ilusos....

Pero lector, no os figureis que he hecho el viaje en 25 dias como los que salieron y saldrán de aquí por la vía de Burdeaux en un confortable *paquebot française* de las *Mensageries Maritimes*, corriendo tras de ese Paris que la fama y la mentira os lo habrán hecho á vuestros ojos halagador y fastuoso; no, yo he ido á Paris y acabo de llegar de Paris, sin molestias, sin gastos y hasta si quereis más datos, sin salir de las 120 páginas de un verdadero libro, que me ha hecho ver á Paris bajo todas sus faces y en todos sus rincones. Libro éste, lector querido, que no está, ni estará á nuestro alcance, porque es inédito, manuscrito, que me lo mandó un amigo, un artista moribundo y desengañado, pocos días antes de que lo llevaran al cementerio de *Père Lachaise*, donde descansa—bien cerca por cierto—de ese Paris que fué el sueño de su vida y la causa de su muerte.

—Ah! Paris! Paris bendito!!.... Paris sublime!!! clamaba también el pobre loco antes de realizar la ambición ó la ilusión de respirar su ambiente, pero ¡ay! ha muerto repitiendo ¡Paris! ¡¡Paris!! como sí, pero en otro tono, muy di-

ferente del entusiasmo, ó tal vez, con el mismo que empleo yo, cuando me digo: Ah! París, París, hasta yo que es oy ageno á tus seducciones, te debo algo; pues te debo un libro, pero un libro que refleja como ninguno, tus verdaderos méritos.. . tus verdaderos placeres.... tus verdaderas glorias....

JULIO DAVID ORGUET.

(Continuará).

CONSCIENCIA

¡Soy un imbécil—exclamó Víctor rojo de ira—soy un imbécil!

Me despreció como lo hiciera con un perro y aun tuve valor para caer á sus piés y suplicarle un amor miserable; me injurió sin lástima ninguna, blasfemó de mí hasta la saciedad y aun me sentí con fuerza suficiente para pedirle lo que su corazón repudiaba.

Indudablemente, soy un imbécil!

Me sentí enervado, me sentí pequeño ante su presencia le serena que creí pudorosa y no tuve coraje para decirle todo, todo lo que merecía.

Así somos. Hoy capaces de levantar montañas de granito si se interpusieran en nuestro camino; mañana, exangües, endebles, sin valor para nada, ni para reprochar con una palabra la enormidad de una acción!

Si hoy sentimos pujos de titanes es porque mañana le tocará su turno á las grandes debilidades que hacen del hombre un maniquí todo resortes.—Celia no me ha sabido comprender, pero, en cambio, me ha sabido engañar.—Yo pobre ilusionado buscaba como un nóñito en un mundo de tinieblas un *alma nueva*, un alma altruista, grande, ingenua, que conociera mi espíritu enfermo, que lo estudiara á fondo para después amarme; buscaba algo así como una nueva Hilda para un nuevo Solsness.

Cuando creí que la torre ideal se terminaba, los cimientos empiezan á moverse, las paredes tiemblan, la cúspide se doblega y cae al suelo en mil añicos; todo el hermoso edificio de mis ideas primeras cae á tierra para no levantarse jamás!

¿Qué me queda ahora?

Aun resta algo: lo primordial, lo esencial, lo justo.

«La venganza es un derecho», dice el poeta.

Dios hizo uso de ella al imponerle á Adán el sufrimiento eterno como castigo á su imprudencia.

La venganza es la justicia.

¡Qué hermoso es vengarse!

¡Qué hermoso es sentir la ira desbordante!

Yo me siento vivir! «Piensa y ejecuta» la cabeza me dice; el corazón me grita: «venganza!» y la conciencia con su acerado lenguaje silencioso me dicta: «Es un derecho! No temas!»

Adelante, pues; la obra es la idea, la obra es el alma; la obra es la conciencia!

***

De estatura atlética, complexión de roble, músculos de bronce, era Víctor un espíritu enfermo.

Sus ojos sanguinolentos y saltados, metidos en unas órbitas huesosas y hundidas les tenían un reflejo hiriente de fiera; era su cara grandota, encajada en un cuello grosero y bronceado; la nariz abultada, sensual; y la boca, alargada y de labios hinchados.

Era de un aspecto espantoso.

Si es cierto que en una mirada va todo el sentimiento y toda la idea de un ser, en la de Víctor se reflejaba el alma de toda su existencia decaída.

(Concluirá.)

SOCIALES

De mi cosecha. Para ellas

DE UNA EXCÉPTICA

«2 de Abril.

Mi querida Mimí:

2 de Abril marca el almanaque en números grandes y negros, muy negros—como ciertos días malos—como para que yo lo distinga claramente.—Si él supiera la pena que me causa.... Ayer arranqué la hoja del dia con intensa ira.

Un mes hace que nos separamos, ¡cuánto tiempo, Dios mío!

¿No lo crees así, Mimí?

La intimidad de dos seres que se quiere con profundo cariño es la radiación de dos auroras que se unieran.

Nosotros, espíritus débiles—como nos llaman los hombres, tenemos á esa intimidad en un concepto tan alto como idolátrico.

Tú, vives conmigo; tú, vas donde yo voy; tú, me sigues.—¡Dos almas en una!

He paseado muchísimo; he visto todo, pero, no me he divertido.—Es que Mimí no estaba á mi lado.

Es que Mimí estaba lejos.—Cuando llega la tarde te recuerdo como nunca y es cuando acuden á mi pensamiento reminiscencias de ratos de amor y de días de mucha claridad.

¡Cuánto he amado ahí, á tu lado!

Nos contábamos nuestras cuitas; nos confesábamos como dos buenas amigas; —nos decíamos todo, todo, hasta quedar el corazón vacío!

Hoy soy un poco misántropa. Y no hay para mí esas horas sonrosadas que alegran el alma; ni esa esperanza siquiera, que ilumina el porvenir, alentándonos en nuestro camino áspero por cierto.

Yo no siento como ayer.
Yo no puedo sentir, Mimí.
Yo no puedo amar.
Yo no sé porque el alma es alma.
Yo no sé porque existe esa palabra terrible que aún al recordarlo, lloro: «Olvido» — Cantos de pasión; armonías de jolgorio amoroso: notas de alegría; pasaron, porque no volverán, como las golondrinas de nuestro poeta favorito.

Y el alma cansada de amor, engañada, burlada, se ha concentrado en la calle a para sentir á la par de lo que se piensa.

¿Qué se le va á hacer?

Todo esto se impone paulatinamente.—Nada hay absoluto y perfecto á excepción de nuestro cariño.

Hasta el cielo que es infinito tiene su límite.

Hasta el Dios que llaman bondadoso tiene un límite también.

Pienso en el pasado, medito y raciocino y sombras lúgubres se agolpan en los rincones de mi cerebro y en las intimidades de mi espíritu exangüe.

¿Quién tiene la culpa?

¿Quién ha entristecido mi existencia?

¿Quién mató mi espíritu?

El hombre.

Imagen de Dios, forzosamente heredó todas sus cualidades, desde la ambición de gloria hasta la ambición de la nada.

Antes, cuando era muy niña, contaba en ese entonces quince años, un hombre era para mí, un ser ideal, santo, impecable.

Ilusiones del alma soñadora!

Creaciones fugitivas de los felices 15 años!

¡Cuán distinto es el modo de pensar de mis 28!

Entre aquella edad y ésta hay un abismo: la noche de la decadencia.

Considero al hombre como el compañero fiel de aquel personaje celebérrimo que viste de rojo.

¿Digo verdad Mimí?

. . . .

Sufro, lloro... y muero!

¿Qué me importa la vida?

¿Qué me importa la alegría flotante sobre el mundo entero si ella no llega hasta mí?

¿Qué me importa la luz del cielo si ella no se refleja en el fondo de mi alma?

Llega hasta mi retina, y de mi retina se retira, se aleja, se va!...

¿Qué me importa la esperanza, que empuja hacia adelante á todos los corazones sensibles é insensibles, si ella cruza por mi lado como una visión de amenaza y luego desaparece para cruzar nuevamente?

¿Qué me importa el amor, genio terriblemente hermoso que comunica fuerza á los espíritus jóvenes—si él se distingue en mi como cosa lejana—como una nube tenue que se pierde... se pierde... se pierde en la *región vacía*?

Ya he muerto.

¿Volveré á morir?

. . . .

Tuya. *Lola.*»

«1.º de Julio.

Mi querida Mimí:

Han pasado dos meses y mi alma en forma parece que quiere volver á sentir como antes.

Algo raro me pasa.

No lo puedo explicar.

Sé que es algo, sí, pero no encuentro palabras para expresártelo.

Veces hay que los labios del alma no están en relación directa con los labios de la boca,

Veces hay que el corazón charla como un descosido. pero sus palabras no pueden salir de él... porque no pueden!

. . . .

Mi mano tiembla y no puedo seguir.
— Perdóname.

Siempre

Lola. »

⁂

«5 de Setiembre.

Mimí:

La vida es una rueda que no para jamás.

La felicidad y el dolor van con ella, íntimamente ligadas.

Vienen y van y van y vienen.

Acércate; que nadie oiga: mañana me caso.

Lola. »

PARALELAS

La emulación es una virtud.
La envidia un vicio.

—

El amor es una virtud.
La pasión, un defecto.

—

La caridad es de la mujer.
El desprendimiento, del hombre.

—

Nada hay más grande que la esperanza en el amor.
La ilusión es la embriaguez del alma.

⁂

Con procedencia de Rocha, donde tiene establecida su escribanía, ha llegado á esta ciudad nuestro amigo querido y dignísimo compañero de causa don Federico Ribas.

Séale grata su estadía en el seno de las numerosas relaciones con que cuenta en esta capital.

⁂

Hemos recibido la siguiente invitación:

«*Rogelio L. Rúfalo* tiene el honor de invitar á su amigo Constancio C. Vigil á presenciar su enlace con la señorita *María Mainero*, que se efectuará el día 18 del corriente mes, á las 9 p. m.

Mayo de 1898.»

⁂

Encuéntrase enferma hace un breve tiempo la distinguida señora Dolores R. de Rodríguez.

⁂

Llegó de la ciudad de Florida el doctor Juan Cuestas, jefe político de aquel departamento.

⁂

Partió en esta semana para la capital vecina Alfredo E. Castellanos, acompañado de su apreciable esposa.

⁂

Regresó ayer de San Fructuoso el coronel don Carlos Escayola.

⁂

Encuéntrase enferma de gravedad la distinguida señora de nuestro amigo don Abelardo Márquez, jefe político del departamento de Rivera.

Hacemos votos por su completo y pronto restablecimiento.

⁂

« Montevideo, Mayo 11 de 1898.

Querido cronista:

No dudo merecer de tu delicada atención y tu amabilidad la inserción de estos pensamientos en la linda é ilustrada La Alborada, de la que soy suscritora desde que apareció.

Sé que tomando esta cartita tus manos galantes, no me dejarás con el deseo de ver publicados esos pensamientos.

. . . .

. . . .

Tu amiga

Flor de un día.»

PENSAMIENTOS

La música es el lenguaje del espíritu y la consolación de las grandes tristezas.

—

El hombre es como el sol.
En la primavera del amor viene todos los días temprano; en el otoño viene más tarde.

—

El olvido no existe; almas incapaces de amar son las que existen.

—

La esperanza muere cuando el corazón deja de latir.

—

El silencio en ciertos casos es el mejor intérprete de los sentimientos.

—

Fingir una pasión es el más vil de los delitos.

—

Una mujer bonita agrada á los sentidos; una honrada interesa al corazón; la primera es una alhaja; la segunda un tesoro.

—

Conciencia sin Dios, es tribunal sin juez.

—

El orgullo es vanidad de vanidades. Es la ignorancia de desconocer lo que somos.

—

El matrimonio es la tumba del amor.

Varios autores.

Queda atendido el pedido de Flor de un día.

Cronista agradece el envío y le recuerda la promesa.

El collar de brillantes

Era una encantadora joven, nacida, por un error del destino, en una familia de empleados.

No tenía dote ni esperanzas de ser amada, ni casarse con un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con un empleado del Ministerio de Instrucción pública.

Fué sencilla, no pudiendo ir compuesta, pero vivía desgraciada como si estuviera fuera de su centro.

Sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos, sufría con la pobreza de su casa, la desnudez de las paredes, lo gastado de los asientos, la fealdad de las telas. Todas esas cosas, de las que otra mujer de su clase no se daría cuenta, la atormentaban.

Cuando se sentaba para comer á la mesa, cubierta con un mantel de blancura dudosa, delante de su marido, que descubriendo la sopera con aire contento decía: «¡Ah, qué bueno es el puchero! Yo no sé que haya nada mejor que esto....», ella pensaba en las comidas finas, en la plata reluciente, pensaba en los platos exquisitos servidos en ricas vajillas, en las galanterías dichas al oído y escuchadas con una sonrisa de esfinge, mientras se come la carne rosada de una trucha ó las alas de un faisán.

No tenía trajes ni alhajas, y le gustaba todo eso; se sentía nacida para agradar, para ser envidiada.

Tenía una amiga rica, una compañera de convento, á quien no quería ir á ver por lo mucho que sufría á la vuelta; y lloraba los días enteros, de pena, de sentimiento, de desesperación.

⁂

Un día, su marido entró con aire satisfecho y teniendo en la mano un sobre grande.

—Toma,—la dijo,—es para ti.

Ella rompió el sobre y sacó una tarjeta que decía:

«El Ministro de Instrucción pública y madama Georgina Ramponneau, ruegan á M. y Mad. Loisel les hagan el honor de venir á pasar la noche al Hotel del Ministerio el lunes 18 de Enero.»

En lugar de alegrarse, como esperaba su marido, tiró despechada la invitación sobre la mesa, y dijo:

—¿Qué quieres tú que yo haga con esto?

—Pues, querida, yo pensé que te pondrías muy contenta. ¡Tú no sales nunca, y esta es una ocasión, y muy buena! Me ha costado un trabajo atroz el conseguirla; todos las quieren; son muy buscadas y no se han dado á muchos empleados. Allí verás á todo el mundo oficial.

Ella le miró fríamente y dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres tú que yo me ponga para ir á ese baile?

El, que no había pensado en aquello, balbucеó:

—Pues.... el traje que llevas cuando vamos al teatro. A mí me parece muy bien;—pero se calló estupefacto, trastornado, al ver que su mujer lloraba.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes?—la dijo.

Por un esfuerzo de su voluntad, ella reprimió su pena y dijo con calma enjugando sus ojos húmedos:

—Nada; sólo que como no tengo traje no puedo ir á esa fiesta; dale la tarjeta á algún amigo cuya mujer esté mejor equipada que yo.

El estaba desolado, y dijo:

—Dime, Matilde; ¿cuánto costará un traje conveniente que pueda servirte para otras ocasiones y que sea muy sencillo?

Ella lo pensó un rato, y luego le dijo:

—Yo creo que con cuatrocientos francos podré arreglarme.

El palideció un poco, porque tenía ahorrada aquella cantidad con el fin de comprarse una escopeta, una escopeta de caza, único placer que se permitía en toda su vida de empleado.

—Bueno; te daré los cuatrocientos francos, pero trata de comprar un buen vestido.

***

El día de la fiesta se acercaba, y Mad. Loisel parecía triste, ansiosa, inquieta, á pesar de que su traje estaba dispuesto. Su marido la dijo una noche:

—¿Qué tienes? Estás preocupada hace unos días.

Ella respondió:

—Me fastidia no tener ni una alhaja, ni una piedra, nada que ponerme. Iré como una pobretona, y mejor querría no ir á esa *soirée*.

El dijo:

—Ponte flores naturales. Por diez francos puedes comprar dos ó tres rosas magníficas.

Ella movió la cabeza y dijo:

—No, no hay nada más humillante que tener aire de pobre en medio de mujeres ricas.

—Pues vés á ver tu amiga Mad. Forestier y dile si quiere prestarte alguna alhaja; creo que tienes bastante confianza para pedirle eso.

Ella dió un grito de alegría.

—Es verdad, tienes razón; no lo había pensado.

Y al otro día fué á casa de su amiga y le dijo su pretensión. Mad. Forestier fué á un armario, y sacando un ancho cofrecillo, lo puso delante de la joven y le dijo:

—Escoge, querida mía.

Y le presentó brazaletes, un collar de perlas, broches, y Matilde se los ponía y se miraba al espejo y no se decidía por ninguno; pero de pronto descubrió en un estuche de terciopelo negro una magnífica *rivière* de brillantes, y su corazón latió con violencia. Sus manos temblaban al tomar la joya, se la puso y se quedó estática delante del espejo; después dijo vacilando:

—Podrías prestarme esto? Sólo esto.

—Sí, hija mía; lo que tú quieras.

Abrazó á su amiga, besándola con transportes de agradecimiento, y echó á correr con su tesoro.

***

Llegó el día de la fiesta.

Mad. Loisel obtuvo un éxito; estaba más bonita que todas; elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría; todos los hombres la miraban preguntando su nombre y solicitando el serle presentados; todos querían bailar con ella. Hasta el Ministro se fijó y preguntó quién era.

Ella bailaba con frenesí, ebria por el placer, no pensando en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de su éxito, rodeada por una nube de felicidad, compuesta de todos estos homenajes, de todas aquellas admiraciones, de todos aquellos deseos despertados, de aquella victoria tan completa y tan dulce al corazón de las mujeres.

Se marcharon después de las cuatro de la madrugada; su marido, desde media noche, dormía en un saloncito con tres ó cuatro señores, cuyas mujeres se estaban divirtiendo mucho.

Echóla él sobre los hombros el pobre abrigo que tan mal sentaba con la elegancia del traje de baile, y ella corrió para que no la vieran aquel abrigo las otras señoras que iban envueltas en ricas pieles. Loisel la decía:

—Espera, vas á coger una pulmonía; voy á ver si encuentro un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba precipitadamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle, empezaron á andar en busca de un coche, tiritando y desesperados; por fin encontraron uno que los llevó, y al subir las escaleras de su casa, pensaban con tristeza, ella que todo había concluído y él que á las diez tenía que estar en el Ministerio.

Matilde se quitó el abrigo y fué al espejo á mirarse otra vez en sus glorias; pero dió un grito, porqué vió que no llevaba la *rivière*.

Su marido, que ya estaba desnudándose, la dijo:

—¿Qué tienes?

Ella se volvió como una loca.

—Que... que... no tengo los brillantes de Mad. Forestier.

Irguióse él asustado.

—¿Qué?... ¿Cómo? ¡Eso no es posible!

Y buscaron en los pliegues del traje, pero nada se encontró, y el pobre hombre, volviéndose á vestir, salió desesperado.

Ella seguía en traje de baile sin acostarse, muerta de frío y de angustia.

Loisel volvió por la tarde con la cara pálida, trastornado; no había encontrado nada, á pesar de sus pesquisas.

—Tienes que escribir á tu amiga que se ha roto el broche y que así que lo compongan se lo llevarás; eso nos dará algún tiempo hasta ver.

Al cabo de una semana ya no tenían esperanza, y Loisel, que había envejecido cinco años, dijo:

—Hay que comprar una joya igual para tu amiga.

Entonces fueron de joyero en joyero, buscando una joya igual, enfermos de pena y de angustia.

Por fin encontraron una por la cual les pidieron cuarenta mil francos, pero se la dejaron en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no la vendiera hasta esperar tres días, y le pusieron, por condición que la volvería á tomar por treinta y cuatro mil francos si la alhaja perdida se encontraba antes de fin de Febrero.

Loisel poseía diez y ocho mil francos que le había dejado su padre; tenía que tomar prestado lo restante; firmó pagarés ruinosos, comprometió su firma con usureros, y espantado por las angustias del porvenir, por la negra miseria que se cernía sobre ellos, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fué á buscar la nueva *rivière* y puso sobre el mostrador del comerciante los treinta y seis mil francos.

Cuando Mad. Loisel devolvió la alhaja á Mad. Forestier, ésta no abrió el estuche, que es lo que ella temía, no fuera á notar la sustitución y la tomara por una ladrona.

***

Mad. Loisel conoció la vida horrible de las necesidades, pero tomó su partido heroicamente y no trató más que de pagar aquella deuda; despidió la criada y se fueron á vivir á una bohardilla.

Conoció los trabajos de la casa, el odioso oficio de la cocina; lavaba la loza; jabonaba la ropa, las camisas y hasta las rodillas; bajaba la basura y subía el agua, deteniéndose en cada descansillo para respirar; vestida como una mujer del pueblo, hacía toda clase de compras, regateando y defendiendo los céntimos, porque cada mes había que renovar los pagarés y pagar otros.

El marido trabajaba por la noche en arreglar las cuentas de un comerciante y copiaba á cinco céntimos la página.

Esta vida duró diez años. En este tiempo lo pagaron todo, el capital y los réditos.

Mad. Loisel era una vieja; se había hecho fuerte y dura, mal peinada, con las manos encarnadas; hablaba á gritos y fregaba el suelo; pero algunas veces, cuando estaba sola, pensaba en aquel baile, donde había estado tan hermosa y tan festajada.

¿Qué hubiera sucedido si la joya no se llega á perder? ¿Quién sabe? ¿quién sabe? ¡Qué extraña es la vida! ¡Y en qué poco estriba que uno se pierda ó se salve!

***

Un domingo fué á dar un paseo á los Campos Elíseos y encontró á Mad. Forestier, siempre joven y bella, siempre seductora.

Mad. Loisel se sintió conmovida y fué á hablarle.

La otra no la reconocía y se asombraba de

—Buenos días, Juana,—la dijo.

ser llamada en tono tan familiar por una mujer del pueblo.

—Señora,—la dijo,—usted se equivoca.

—No: yo soy Matilde Loisel.

Su amiga dió un grito.

—¡Oh!... mi pobre Matilde, ¡cómo has cambiado!...

—Sí, he pasado muchos trabajos desde que no nos vemos, y muchas miserias... ¡Y todo por causa tuya!

—¡Mía!... ¿Cómo es eso?

—¿Te acuerdas de la *rivière* de brillantes que me prestaste?

—Sí: ¿y qué?

—Pues la perdí.

—¡Cómo! si me la devolviste.

—Te devolví otra igual, y hace diez años que la estamos pagando; ya comprenderás que era mucho para nosotros, que no teníamos nada.

—Mad. Forestier la dijo:

—Dices que has comprado una *rivière* de brillantes para reemplazar la mía?

—Sí. No lo has notado, porque era igual.

Mad. Forestier, muy emocionada, la cogió las dos manos y le dijo:

—¡Oh! ¡Pobre Matilde! ¡Pero si la mía era falsa, y lo más que valía eran doscientos cincuenta francos!

GUY DE MAUPASSANT.

ARTE

Siendo uno de nuestros principales objetivos, alentar el arte nacional, hemos obtenido la hermosa fototipía con que obsequiamos á los lectores, imagen de la delicada tela titulada «Por los caídos en la guerra civil», cuyo autor, Benigno A. Larghero, nos es conocido como un notable obrero en el taller del arte de Murillo.

Alentar el arte es dar vida á su progreso. Por consiguiente, nos creemos en el deber de presentar esta humilde ofrenda al inspirado artista, con nuestras mas sinceras felicitaciones.

Debe verse el orijinal de la creación exquisita del señor Larghero.



Por los caídos en la guerra civil de 1897

(DEL CUADRO ORIGINAL DE BENIGNO A. LARGHERO)

CARTAS DEL SABADO

De esta redacción á un suscritor « en babia »)

Muy señor nuestro:

Nunca nos habíamos dado á pensar que usted ignorara todo lo que ignora cuanta á la política de esta bendita tierra, los cambios que hemos tenido, los traquetcos que ha sufrido el coche donde á escape, marchábamos á un callejón sin salida y la ventura que disfrutamos, ya derribado el amigo de aquél y orondamente repautigados en un coche nuevo.

Muchas cosas sabrá usted, cuando tantas no conoce de la política. Vivía muy solitario, cuando ni un triste barbero ó un esquilador de ovejas han puesto la tijera á su servicio, despachurrándose una docena y media de hombres públicos y cortando novedades de la amplia tela de nuestros últimos sucesos.

Fácil será ponerlo á usted al corriente. Empezaremos por el 96, año hasta el cual, según su amable carta, llegan sus noticias. Y como suponemos á usted avaro del tiempo que estas cuestiones puedan robarle, la concisión será de su mayor gusto.

Vino la lucha armada... Al presidente Borda lo matan en una fiesta... Cuestas, vice-presidente, pactó, la paz y disolvió las Cámaras, nombró en su reemplazo un Consejo de Notables y atrajo para su gobierno las simpatías del pueblo. Por último, hubo un acuerdo de los Partidos y esta es la hora en que esperamos vuelvan las cosas á su ser, es decir, el pueblo á elegir sus representantes y el gobierno á ser elegido por ellos.

Y ahora algunos comentarios. Más qué eso esperamos, muy señor nuestro; pues usted sabe que aun es poco desear en estos tiempos nuevos, en que ¡oh asombro! no roban la hacienda pública, no se piden empréstitos, no se dan las carteras ministeriales como aguinaldos...

Esperamos que el señor Cuestas cumpla su lema de unión y de concordia, recordando que no siempre los nacionalistas hemos de permanecer extraños para la administración pública; que haga construir el puerto, cuando sea elegido Presidente constitucional, que lo será; —y tambien que dé verdadero sufragio universal coronando su obra como hombre digno de los laureles de la gloria,—y así veremos claro, aunque alguien lo vería muy negro, seguramente.

Diré tambien á usted, señor « en babia », que todavía tenemos: *voluntarios* (soldados á la fuerza en los cuarteles), en tinieblas el proceso de Tomás É. Butler (nuestro buen compañero asesinado alevosamente en esta capital), y á don conde en la cúspide y vértice, con su diario o siempre, *notable* por nuevas causas y siempre «lo conozco desde chiquito».

Pero excuso decirle á usted lo que aun nos sobra y lo que todavía nos falta; que ya es de ver no ha de remediarnos quien vive como usted tan alejado de la gran ciencia moderna y las sensacionales comidillas públicas.

Quede usted ahí en gracia del mutismo y la sordera y, hasta nueva ocurrencia, nos despedimos attos. y S. S. S. S.

Noticias partidarias

La Comisión delegada para la formación del Tesoro del Partido Nacional en la Colonia ha recibido como donativos del departamento la cantida l de cuatrocientos treinta pesos.

La mitad de esa suma ingresará en las arcas del Tesoro, y lo restante será entregado á la comisión directiva departamental.

—

Continúan con entusiasmo los trabajos de instalación la digna cuanto laboriosa comisión organizadora del «Club Nacional».

Ella ha resuelto en una de sus últimas sesiones pasar una nota al Directorio del Partido y otra á la Comisión de Hacienda del mismo, ofreciéndoles el local necesario para salas de sesiones y oficinas de trabajo. Aunque el Directorio posee un local expresamente para ello, no podrá menos que aceptar el galante ofrecimiento del «Club Nacional», dadas las condiciones inmejorables en que éste ha sido instalado.

—La comisión organizadora acordó también el nombramiento del personal del referido centro, recayendo la designación de gerente-administrador en la persona del estimado compañero don Arturo Salom.

A este nombramiento lo conceptuamos enteramente acertado. Arturo Salom consagra desde hace muchos años toda su actividad al servicio de nuestra causa. Él fué de los muy pocos que iniciaron la organización del Partido, en épocas de grande abatimiento y de ningún entusiasmo cívico. Solo, concibió el plan de inaugurar las conferencias nacionalistas, de cuya comisión fué presidente; en la prensa y en los clubs, fué siempre un obrero infatigable, ... a labor partidaria. Últimamente, Arturo Salom acudió presuroso á la contienda armada, portándose como un bravo en la ruda jornada de «Arbolito».

Es por tales consideraciones hijas de la sinceridad y la justicia, que esta redacción aplaude el acertado nombramiento del señor Arturo Salom para desempeñar el importante puesto de gerente-administrador del «Club Nacional».

— El 25 del corriente la comisión dará cuenta del total de los fondos recolectados.

— Antes de ayer, Viernes, fué formulado el pliego de condiciones para el arrendamiento de los salones para café y billares del club.

— Dentro de pocos días los señores asociados recibirán un folleto los estatutos del centro.

Reiteramos nuestras felicitaciones á la comisión organizadora del ya floreciente «Club Nacional».

—

El Directorio se reune todos los días martes á las 10 a m. y los sábados á las 4 p. m., en su local calle San José número 130.

COSAS QUE PASAN

Sucede, solo, que no sucede nada. Las noticias de bulto, sensacionales, las que aparecen en nuestros colegas con letras gordas en el título y un sin cuanto sub-títulos, no existen. ¡Y estamos tan acostumbrados á ellas! ¡Y son tan grandes los diarios!

La del acuerdo, ya se acabó en su primera etapa. Luego ha venido un temporal ¡bendito sea! que para algunas columnas dió, amén de los comentarios, que se imponian por fuerza...

Esta semana ha sido de calma chicha. ¡Terribles días para los que hacen diarios!

¿Llenar la crónica de mentiras?... Se sonrojan los colegas veraces aún con pensarlo.

¿Presentar la hoja con la sección informativa en blanco?... Tiemblan los editores.

El honorable público
no se conforma
con que se merme en ápice
la justa cuenta.
Del diario las columnas
vendrán cabales
que para eso, él paga
los tantos reales.
¡Y pasa el día,
Con esas dos preguntas
Que antes decía!

***

Comidilla casi única es la unión de los elementos ... colorados. El tema ha conseguido preocupar la gente, á fuerza de no haber otros.

Ya no cabe la duda: se unen, como dos gotas de agua que se aproximan, los bravos tirios y los in par troyanos.

Las grandes conveniencias así lo exigen; *conveniencias* de círculo serán esas, que las nacionales, así lo exigen como un ciego anteojos.

Con unos por aquí,
con otros por allá,
el pegadizo elixir
derramándose vá:
sa en los peregrinos,
forman procesión;
dicen: *nos traemos*
la cola de unión;
y al instante se unen
tirios y troyanos,
se oprimen los pechos,
se estrujan las manos.
son, los misioneros,
de rara cosecha,
dicen el «fiat luxem»,
y la luz es hecha;
son los enemigos
misericordiosos:
perdonan, olvidan
siempre generosos.
...Y unos por aquí
otros por allá,
van los misioneros
pidiendo unidad...

***

Allá por San Ramón, en Canelones, un comisario les ha puesto «las peras al cuarto» á muchos.

En la elección de una comisión del Partido Colorado, parece que se ha lucido este buen hombre partidario acérrimo de Borda y C.ª, y haciendo uso de su mando para imponerse en las votaciones.

¿Qué no haria este bello sujeto si se tratara de puestos no honorarios y si productivos, verbi-gracia, en las elecciones de representantes?

«Hijo de tigre, overo ha de ser», parece que se dijeron sus correligionarios; y luego, le preguntaron: »¿En qué carácter nos manda desalojar el local del club y nos priva de votar por quienes queramos?... ¿cómo co-afiliado ó cómo comisario?

—¡Cómo comisario! — repuso el aprovechado discípulo de don Julio. Y los independientes se retiran, quedando el campo á la disposición del gatuno comisario.

Allí hacía falta un par de «peregrinos».

***

Asombrado se manifiesta un colega de Minas ante las ocurrencias de la sesión que se ha realizado en dicha ciudad para constituir la junta electoral y nombrar la comisión de inscripciones.

Desde ya, adelantaremos
Que nuestro asombro es igual;
Y asómbrense los lectores:
La cosa es ¡fenomenal!

Pues, se reunieron los miembros de la junta susodicha para proceder á la distribución de cargos.

Hubo empate al elegir presidente. El coronel Gerona debía dar su voto, que era el decisivo.... ¡y adivinen ustedes por quién votó! Se puso de pié, y dijo: «Señores, no lo hago por mí, sinó por mi partido; yo voto por mi (!!)»

Luego hubo otro empate: tenían igual número de votos para la secretaría, los señores doctor Ramos Suárez y Arteaga. ¡Heróica actitud la del señor Arteaga!

Quién, bastante conmovido,
(En atención al partido)
Dijo: *Yo voto por mi*,
Y conste que lo hago así,
Como leal y decidido.

Qué cuadro vergonzoso! El doctor Dionisio Ramos Suárez, en caso igual, había declarado anteriormente que, «como miembro del Partido Nacional, creía un deber impuesto por la dignidad y por la delicadeza, rechazar el puesto, antes que sentar el precedente bochornoso de votar por si mismo.»

Por cierto, cómo espectables
Quedaron los elegidos....
Por si mismos, convencidos
De que son irremplazables.

Oh! bendito partidismo
El de uno y otro elector
Que, sin menguado rubor,
Han votado por si mismo.

Y con este precedente,
¿Quién vence á los colorados,
Con sus votos duplicados
Tan clara y sencillamente?

Suscritores fundadores

DE

LA ALBORADA

Emiliana y Anita de los Santos.
Juan Arrosa.
José Huertas.
Miguel Echandy (hijo).
Severo López.
Constancio A. Casas.
Alejandro Barraburú.
Mauricio Rodriguez.
José Antonio Cardona.

COMERCIALES

Nuestro amigo y decidido compañero de causa don Manuel A. Arteaga ha establecido una importante casa de comisiones y corretajes, de cuyas vastas atribuciones podrán enterarse nuestros lectores por la circular que complacidos publicamos, deseando al compañero el más lisonjero éxito en su nueva empresa.

Montevideo, Mayo de 1898.

Señor Director de La Alborada.

Presente.

Muy señor mío:

Tengo el agrado de comunicar á Vd. que he establecido en esta ciudad calle de Rio Negro núm. 36 A, un escritorio de corretajes en general, siendo los ramos siguientes á los que prestaré especial atención.

Compra y venta de mercaderías, frutos del país, etc., por cuenta de tercero.

Seguros contra incendios, marítimos y fluviales.

Colocación de dineros sobre hipotecas y administración de fincas.

Despacho y recibo de cargas para el litoral y campaña.

Propaganda y colocación de todo artículo de procedencia extranjera, contando al efecto con catálogos y muestras á disposición de los interesados.

Los honorarios por corretajes que se me encarguen serán siempre más módicos que los usuales en plaza.

Los gastos que por cuenta de tercero hayan de efectuarse serán siempre adelantados por el interesado, con excepción de los que estén en cuenta corriente con la casa, ó la tuvieren con el comercio de esta plaza.

En cambio de la confianza con que se me honre ofrezco desplegar toda la actividad posible, contando para ello con personal competente y perito en los negocios, para el mayor resultado de las comisiones que se me confíen.

Esperando merecer sus órdenes y que se sirva tomar nota de la firma al pié, me suscribo de Vd. atento S. S.

Manuel A. Arteaga.

NOTAS FINALES

Participamos á los señores suscriptores que las oficinas de redacción y administración de «La Alborada» han quedado instaladas en esta imprenta, calle Convención número 82.

La Administración.

—Para el próximo número, La Alborada publicará en sus columnas una producción, escrita expresamente para ella, del insigne hombre público y querido jefe de la juventud nacionalista, doctor don Eduardo Acevedo Díaz.

Como recordarán nuestros lectores, el director de *El Nacional* prometió honrar á La Alborada frecuentemente con su pluma privilegiada, y solo ocupaciones ineludibles lo han hecho postergar el cumplimiento de tan grata promesa.

Pero, con todo, Eduardo Acevedo Díaz no olvida nunca los pedidos de sus compañeros, ni esquiva su nobilísimo contingente cuando la juventud de su Partido requiere la influencia de su talento, y de su prestigio.

Nos place hacerlo constar así, por haberlo visto evidenciado reiteradas ocasiones, sean cuales fueren las circunstancias del momento.

—Desde el próximo número nuestro estimado colega universitario *El Bombo* dará un gran paso en el camino del progreso periodístico. Aumentará notablemente su formato y mejorará sus materiales.

El Bombo es una publicación que responde ampliamente á sus fines, y nosotros nos complacemos mucho al anotar su merecido florecimiento, no sin felicitar á su joven director y al dibujante Miguel J. Copetti, verdadero inteligente, que desde ya descuella con sus magníficas producciones artísticas.

LOS COLEGAS AMIGOS

«Marta», de nuestro colaborador don Sergio Iribar, ha sido transcripto por *La Lealtad*, de Trinidad.

—«La Alborada.—Este importante colega nacionalista ha agrandado su formato, trayendo en su última página un lindo cuadro de caricaturas titulado «El Acuerdo».

Viene impreso en papel fino y repleto de interesante y ameno material.

Cúmplenos el felicitar al colega correligionario por las mejoras que se han introducido en él, debidas todas al empeño que se han tomado sus propietarios por hacer de La Alborada una publicación importante y que todos leerán con sumo interés.»

(*Los Principios*, de San Fructuoso).

—*El Pueblo*, de San José, publica en sus columnas editoriales del día 11, el artículo de esta redacción titulado: «A trabajar—Industria Nacional».

—*Los Principios*, de San Fructuoso, el soneto «Al general Aparicio Saravia».

Correspondencia

A. S.—Montevideo.—Llegó tarde para entrar en este número. Su mensagero ¿padecerá de reuma?—Y esas cosas, en perdiendo la oportunidad.... concluya usted.

Oiram.—Montevideo.—Ya vé que se publica. Adelante.

D. J.—Artigas.—Vaya una facilidad! Cuénteme que vió usted por la luna, y, así, más nos reiremos. Le ruego una visita al jardín zoológico de Palermo.

P. R.—Montevideo.—Lea usted lo de A. S.

Severito.—Montevideo.—¿Que no ha comprendido? ¿Si tendrá usted los oídos como una tapia?—Pues, al decirle:

«Ay! Severo. Severito,
¡Cómo está.... la *asnalidad!*»

le consagro un lugar preferente en la familia.

Queda un recurso: pásese usted por esta redacción y le presentaré un espejo para que se contemple de cuerpo entero.

¡Oh, Severo que *severas*
que son sus entendederas!

N. N.—Canelones.—¡Qué lástima de mozo!

Tubichá.—Montevideo. Es en lo único que ha acertado usted: decirnos «le mando esos humildes renglones para que usted les dé el destino que merezcan.» En lo que ha errado usted es en escribirlos.

Nuestro Album revolucionario

Pronto y dado á la prensa el retrato que debía engalanar hoy la primera pájina, nos decidimos á retirarlo, en vista de que ese trabajo fototípico desmerece de los que ha publicado este periódico de los prohombres de la Revolución. La mejor casa de grabados en Buenos Aires, (la de Jacobo Peuser), se encargará de hacernos las fototipías desde el próximo número en adelante.

Establecimiento Gráfico, Convención 82.